

de la raza, sus permanentes discordias internas hacen temer por su futura independencia política. Ya son varios los altos y puros espíritus que, voz en el desierto, claman por la influencia cada día creciente del capitalismo norteamericano en la vida interna de México. ¿Qué conquista se habría obtenido entonces como compensación a los mares de sangre derramados desde la tiranía patriarcal de Porfirio Díaz hasta el actual cesarismo de generales de montonera que se turnan en el poder?

Estas y otras reflexiones surgen de la lectura de este libro, admirable homenaje de un hijo digno a la clara memoria de un padre viril y entero.

LOOPING, por JUAN MARÍN.—Santiago de Chile, *Imprenta Nascimento*, 1929.

¿Tendremos que decir frente a *Looping*, el primer libro de Juan Marín, que estamos en absoluto y total desacuerdo con su manera poética? Lo cual no será óbice para que juzguemos su obra no sólo sin antipatía sino con un franco deseo de comprenderla y hasta con una admirativa cordialidad por la bella audacia del intento.

Marinetti, con sus tan famosas como incoherentes “palabras en libertad”, dió el ejemplo a las juventudes literarias del mundo. Fué la irrupción romántica, desenfrenada e irrespetuosa contra toda tradición ilustre, contra todo clásico prestigio. Era aquello la locura en mangas de camisa trasladada al terreno literario. Se pretende que ese cocktail estridentista sea la síntesis de la época. Más aún: se pretende que eso sea la superación de nuestro tiempo porque corifeos y prosélitos se dan a sí mismos el enfático y pretensioso calificativo de futuristas. Y a los que no están con ellos (quien no está con nosotros, está contra nosotros) lo hunden, con epíteto lapidario, en el quinto abismo de su desprecio. Lo llaman pasatista y tras este anatema no hay apelación. Fuera de la Iglesia no hay salvación.

En esta vorágine, hélice loca que da su ronco son mecánico, navega Juan Marín. Y lo lamento porque es una bella inteligencia. Creer que se hace poesía moderna porque se habla de jazz-band, aviones, bataclanas, rascacielos, me parece tan ingenuo como creer que se interpreta la poesía mística hablando de hostias, cirios, inciensos y mirras. Hubo una época de enfermedad orientalista en que se creía con toda buena fe comprender el misterio del alma milenaria de oriente, hablando de pagodas, geishas, dragones y mandarines. Cuando llegó la filosofía china, la poesía japonesa y la novela rusa, empezó a

descifrarse el enigma. Antes, estábamos en plena japonería, superficial, pueril, literaria.

Mucho me temo que pase otro tanto con la corriente literaria que tan fervorosamente abraza Juan Marín. Creo sinceramente —ojalá me equivoque— que toda esta modernidad gesticulante equivale en buen romance a confundir el rábano con las hojas. Pero una cosa queda y hay que aplaudirla. Es el deseo de buscar nuevos senderos apartándose con horror—santo horror—de los trillados caminos.—M.